

Conversando se entiende la gente

La conversación es el acto básico, que nos constituye como seres sociales

ARGENTINA CONVERSA surge como una respuesta frente a lo que nos pasa a los argentinos, de nuestros tropiezos y dificultades, pero también de nuestras fortalezas, de nuestro potencial.

Es difícil imaginar una habilidad tan extendida, al alcance de todos los hombres, que se revela en cualquier circunstancia -y que desaparece cuando menos se lo espera-, como la conversación.

La conversación es la forma más pura del contacto social, es lo que nos hace humanos. La conversación contiene todo. Los diferentes resultados del conversar tienen en común ser obra del encuentro de los interlocutores, de esa forma elemental de lo social, que permite a las partes, después de conversar, despedirse satisfechas de los intercambios y entusiasmadas con volver a encontrarse.

En la conversación cabe el diálogo, asociativo en la elaboración de un pensamiento. También el debate que busca tomar una decisión. Y hasta la polémica, que es una forma extrema que se distancia, llevada por el propósito de vencer al interlocutor.

La conversación no tiene un local ni vidrieras. Emerge en diversos lugares y circunstancias. En la cocina conversan las vecinas, que aprovechan para pasarse recetas o prestarse harina. En la peluquería el anfitrión lleva la conversación del fútbol a la política o las carreras. En el café se repite diariamente el encuentro, en diferentes mesas, de conversadores habituales.

Entonces, ¿qué es la conversación? La conversación es el acto básico, que nos constituye como seres sociales. Es el momento que pone en contacto, a través del lenguaje, a dos individuos, dos historias, dos mentes, que se descubren e interesan mutuamente. Y a partir de ese momento entrelazan sus vidas en un plano que trasciende lo físico, más rudimentario.

Puestas así las cosas, la conversación puede ser vista como un músculo que anima e insufla vida al lenguaje en toda la diversidad de actos del habla dirigidos a objetivos específicos, como informar, advertir, convencer, demostrar. Y con ellos, impulsa, moviliza, detiene, sostiene, el pensamiento y las acciones.

El desarrollo y fortalecimiento de ese "músculo" requiere que su cuidado y entrenamiento comiencen precozmente. La escuela primaria tiene que desarrollar una activa preparación para la conversación, teniendo en cuenta, la fuerte relación entre conversar y aprender.

La originalidad, el valor propio de la conversación, el "espíritu de la conversación" se identifica con un estado de la mente, que podemos llamar "modo aprender". En ese estado la mente escucha, pregunta, duda, insiste, propone, ensaya, verifica, reinicia, espera, recuerda y sobre todo mantiene activo y abierto el canal de comunicación.

¿Por qué hoy es tan importante que conversemos los argentinos? Tal vez una de las cosas en que estamos de acuerdo, es sobre el tamaño de las dificultades que enfrentamos y junto a ese acuerdo, casi obligado por la evidencia, nuestra creatividad y acendrado individualismo multiplican las propuestas de solución. Este año somos testigos en el proceso electoral de la proliferación de voluntades compitiendo por liderar el camino, en nombre de diversas ideas e intereses.

Muchas veces hemos escuchado decir “esto lo arreglamos entre todos o no lo arregla nadie”. Frente a esa rotunda afirmación, la única forma de llevar a la práctica esa necesaria suma de esfuerzos es sostener una conversación efectiva, intensa, comprometida, que nos reúna a todos.

La clave está en el reclamo de que sea “entre todos”. ARGENTINA CONVERSA, por el camino de la conversación quiere contribuir a esa impostergable reunión de todos, para romper el círculo vicioso que ahoga el potencial de nuestro país, comprometiendo nuestro destino y el de las futuras generaciones.

Es muy importante que esa poderosa herramienta, ese músculo, aplique su fuerza en el punto adecuado. Cabe preguntarse entonces cuál es el punto adecuado, cuál es la clave de bóveda que sostiene y alimenta el fenómeno de nuestra fragmentación. La Argentina está partida, y no está partida porque siempre en su historia haya tenido divergencias ideológicas. Está partida por la sencilla y verificable razón de que algunos tienen demasiado poco. Y sobre cuya miseria otros despliegan su monólogo confrontativo, cual sempiternos mercaderes del dolor y de la muerte.

Hoy un tercio de los argentinos están en situación de pobreza. Y ellos tienen a su cuidado a la mitad de los argentinos del mañana, a los que espera como única herencia la pobreza. Vergonzosamente la mitad de los niños argentinos sufren una dolorosa precariedad, solo superada por la incertidumbre sobre su futuro.

Ese drama prolongado ha favorecido el surgimiento de una lectura anómala de la realidad, que es funcional a un libreto voluntarista, dejando de lado la evidencia de los datos. Esa anomalía termina construyendo entre la realidad y las ideas, una barrera de prejuicios que impide la inteligente comparación de las diversas interpretaciones posibles de una representación compartida de la realidad.

Como en un juego de espejos, las cosas no son más lo que parecen y termina ocupando el centro de la escena algún reflejo preferido por intereses o ventajas. El cual es indiscutible porque no lo sostiene la razón, sino el mito o el dogma.

Eso hace que se abra un abismo que parece impedir todo contacto, toda comunicación. Es necesario tender puentes, que atraviesen la grieta. Y la conversación puede ser el artífice de esa construcción, poniendo la atención clara y nítidamente en el otro. Escuchando para ser escuchado.

Ese puente deberá tender su arco sostenido por una empatía profunda y resistente, y la única manera posible de comenzar a construirlo es si altos valores sociales y espirituales llenan los corazones como forma activa del patriotismo, por encima del lugar que pretende atribuir a cada uno la maligna grieta.

Por esa razón nuestra conversación, si va a suturar heridas, si va a fomentar abrazos, deberá convocar al fogón virtual de los corazones fraternales. Si hay que conversar con alguien es con ese prójimo que no es “el otro”, ¡somos “nosotros” con nuestras heridas!

Esa herida a la que le dimos el nombre de grieta o fractura social, como si fuera exterior, ajena, cuando en rigor de verdad, está dentro de cada uno, porque somos seres sociales. Y nada de lo que le ocurre al prójimo nos es ajeno.

La pobreza no está en los pobres. Está en la sociedad, cuyas condiciones han permitido que tantos cayeran en la pobreza, durante tanto tiempo. La pobreza es un mal de todos, que nos desafía a ponerle remedio, empezando por una conversación nacional reparadora, sincera y de frente a la evidencia. Y así, si ARGENTINA CONVERSA, será posible que “conversando nos entendamos”, y dejemos atrás tantas tristes historias tejidas en torno a la estéril y vana grieta.